

## CAPÍTULO XXII

COCHRANE. — EL CALLAO. — VALDIVIA

AÑOS 1819-1820

El dominio del mar Pacífico. — Previsiones de San Martín. — Carácter de Cochrane. — Sus extraordinarias hazañas en Europa. — Su primera campaña naval en el Pacífico. — Descripción de la bahía del Callao. — La escuadra española se encierra en el Callao. — Cochrane ataca por tres veces consecutivas el Callao. — Establece el bloqueo. — Se dirige á los puertos del norte. — El vice-almirante Blanco abandona el bloqueo del Callao. — Terminación de la primera campaña marítima. — Segunda campaña naval de Cochrane. — Reto á la escuadra española. — Ataca de nuevo por dos veces al Callao. — Desembarco y combate de Pisco. — Extiende su crucero hasta Guayaquil. — Apresa dos fragatas armadas. — Terminación de la campaña naval del norte. — Cochrane lleva su crucero al sud de Chile. — Descripción de la bahía y fortificaciones de Valdivia. — Toma de Valdivia. — Ataque Malogrado sobre Chiloe. — El camino del mar franco para la expedición al Perú.

### I

El dominio del mar Pacífico era condición indispensable de éxito para la expedición al Perú. El mismo San Martín lo había dicho dos años antes, después de Chacabuco: « Sin » una fuerza naval que domine el mar Pacífico, yo no expon- » dré al ejército expedicionario á ser desbaratado por dos ó » tres buques de guerra, que pondrá el Perú en precaución » de la invasión que es el mayor mal que puede venirle á » su existencia » (1). La captura de la « María Isabel » y de

(1) Carta de San Martín á O'Higgins, de 22 de abril de 1819, antes cit.

los trasportes de guerra que convoyaba, había dado preponderancia á la naciente marina chilena, pero no el predominio absoluto del mar y de las costas desde Chiloe hasta Panamá, ni reducido á la impotencia las fuerzas navales españolas en el Pacífico, que podían medirse con ella, aunque con desventaja, y que según noticias que se tenían de la Península iban á ser reforzadas con dos navíos y una fragata. Nombrado Cochrane jefe de la naciente escuadra chilena después de aquel feliz ensayo, recibió por instrucciones, afirmar definitivamente ese dominio, destruyendo la escuadra enemiga, si era posible, ó encerrándola en sus puertos, batir en la mar el anunciado refuerzo. El nuevo almirante al desplegar su insignia en la « O'Higgins » « pudo como los viejos almirantes holandeses enarbolar una escoba en lo alto de sus mástiles. » Él barrería el mar Pacífico de naves españolas, que como bandada de pájaros amilanados, se encerrarían en sus puertos para sucumbir en ellos, uno por uno, desde el primero hasta el último.

Era lord Cochrane el tipo ideal del héroe de aventuras extraordinarias. Como el Teseo de Plutarco, el Hércules de la fábula ó el Aquiles épico, diríase que fué el engendro de alguna diosa liviana de la mitología que incorporara su fuego sagrado á la arcilla humana. Alma soberbia que no admitía la superioridad de nadie, ni aún de la asamblea soberana de su patria, como se ha visto (cap. XX, § VI); naturaleza poderosa, ávida de acción y de emociones y presa de apetitos complicados; figura atlética cuya varonil belleza con rasgos de enérgica fealdad realzan luces resplandecientes contrastadas por sombras que las oscurecen: era uno de los primeros entre los héroes de la primer marina del mundo, y fué el primero sin disputa en los fastos navales de la independencia de tres naciones sud-americanas. Pero este genio singular, animado por la potencia individual que domina los acontecimientos dentro de una determinada esfera de acción, no do-

minó nunca su propio destino, ni fundó escuela siquiera para prolongar su espíritu en su posteridad. Dotado de notables facultades intelectuales y morales, aunque sin talentos políticos ni método en sus operaciones, llevó á cabo hechos prodigiosos, sin conquistar en la historia esa página comprensiva que da una significación moral y una potencia intelectual á las acciones humanas. Héroe universal, por el dilatado campo de sus hazañas marítimas y por las diversas banderas que en ambos mundos adoptó como suyas, no tuvo patria ni se identificó por el amor con los pueblos que después han levantado estatuas á su fama póstuma. Su patria lo repudió con ira y menosprecio, y él se separó de ella maldiciéndola como una prostituta. De Chile, del Perú, del Brasil y de Grecia se alejó con enojo, después de contribuir en primera línea á su independencia, y en su testamento histórico los estigmatizó, — no sin alguna razón para ello, — como ingratos, estimando en oro, como una mercancía, el precio de sus trabajos (2). Gobernado por su carácter impetuoso, por una imaginación ardiente unida á un ingenio fecundo en expedientes, era un héroe de aventuras, más bien que un hombre de guerra metódica, aun cuando todas sus empresas y golpes de mano fueron bien concebidos y perfectamente calculados hasta en sus más minuciosos detalles, aun aquellos que rayaban en lo imposible. Faltóle empero, á su gran-

(2) En sus « Memorias », dice Cochrane que, gastó 95,000 pesos fuertes de su bolsillo, que Chile le quedó debiendo. El hecho positivo es, que Chile le donó una hacienda de 4,000 cuerdas en recompensa de la toma de Valdivia, la misma de que después fué directamente despojado, sin que se le acordase ningún otro premio extraordinario en el curso de su carrera, fuera de la parte de botín de guerra que alguna vez se apropió, y de su sueldo de 10,000 pesos al año, que era el que correspondía al de un almirante inglés. En sus últimos años, fueron arregladas en parte sus cuentas con Chile, y después saldadas generosamente en sus descendientes. Al morir, aún no habían sido arregladas sus reclamaciones al Brasil. Del Perú se apropió una vez sus caudales, pagándose por sí mismo; pero fué para gastos de la escuadra.

deza moral una pasión más ideal y desinteresada, un sentimiento más austero del deber, un espíritu más equitativo y un juicio más equilibrado, cualidades sin las que, el heroísmo es cuestión de temperamento y el mismo genio una luz intermitente.

Este hombre singular amaba por temperamento el peligro, y su alma intrépida permanecía tranquila en medio de las tempestades ó de los combates. Amaba el oro con sensualidad, y á esto debió el perder su patria natal, y enajenarse en vida el amor y la estimación de los que premiándole con parsimonia, le cuentan en el número de los ilustres fundadores de su independencia. Amaba la gloria con imperio, sin admitir émulos y sin elevarse siempre hasta el principio generador que da su carácter moral á las hazañas dignas de memoria por su ejecución y por su significación. Amaba en abstracto la libertad, y su genio y su espada sólo se pusieron al servicio de las grandes causas de su tiempo, combatiendo contra Napoleón y en pro de la Grecia contra el despotismo turco en Europa; y por la emancipación del Nuevo Mundo en sus luchas contra la España y el Portugal. Amaba, sobre todo, á su esposa, cuya belleza fascinadora según algunos contemporáneos, hacía prorrumpir en gritos de entusiasmo á los soldados americanos, cuando pasaba delante de sus filas manejando graciosamente su caballo en traje de amazona (3).

Una de sus primeras y más señaladas proezas á la edad de 26 años, fué la captura del « Gamo », fragata española de 32 cañones con 219 hombres de tripulación, por el bergantín « Speedy » de 158 toneladas y 14 cañones, que él mandaba con 54 tripulantes. Cerrando alternativamente las vergas de su barquichuelo sobre los aparejos del buque enemigo y tomando

(3) Miller: « Memorias », t. I, p. 180. Existe un retrato al óleo y de tamaño natural en el Museo de pintura de Chile, que no justifica este entusiasmo, aunque la fisonomía no carezca de rasgos delicados de belleza.

distancia para hacer jugar su artillería, se resolvió al fin á abordarla. Dejó el « Speedy » á cargo del cirujano en el timón, y con el resto de su diminuta tripulación, dividida en dos partidas, condujo personalmente el ataque, y se apoderó de la fragata con la sola pérdida de cuatro muertos y diez y siete heridos, tomando más prisioneros que combatientes tenía á sus órdenes. Sus últimas hazañas en el viejo mundo, antes de entrar al servicio de Chile (1806-1809), son memorables. La primera de ellas fué el combate que con un solo buque sostuvo contra una fragata y tres bergantines franceses protegidos por las baterías de la isla de Aix, obteniendo los honores del triunfo, hecho que según los historiadores difícilmente será igualado y nunca sobrepujado. La segunda fué la destrucción de parte de la escuadra francesa en la misma bahía de Aix (ó de Basques) por medio de tres brulotes cargados con 1,500 barriles de pólvora á que puso fuego por su propia mano. Estas acciones llamaron sobre él la atención de la Europa casi á la par de Nelson, é hicieron estremecer al mismo Napoleón, quien tributó á su audacia la merecida justicia. Durante su crucero por las costas de Francia, envió en una ocasión sus botes tripulados con el objeto de destruir una batería de costa. La expedición regresó al anoecer, declarando el jefe de ella, — que había acompañado á Cochrane en sus más temerarias empresas, — que la operación era impracticable. Lord Cochrane, lo interpeló con benevolencia en presencia de los tripulantes : — « Bien Jack, vos creéis imposible hacer volar la batería? » Veinte voces respondieron al mismo tiempo : « No, mylord, no es imposible ; podemos hacerlo si vos vais? » Poco después, la expedición conducida por él en persona llevando Jack un barril de pólvora al hombro, hacía volar la batería (4).

(4) « The naval chronicle », vol. XXII. — Allens : « Life of the Eard of Dundonald », p. 403 (London 1861).

Tal era el héroe que en 1819 tomaba el mando de la escuadra de Chile en el Pacífico, y cuyos antecedentes personales hemos dado en otro capítulo (V. cap. XX, § VI).

## II

Á los veinte días de recibirse Cochrane del mando de la escuadra (14 de enero de 1819) zarpó del puerto de Valparaíso con cuatro buques : el navío « San Martín », de 60 cañones, capitán Wilkinson; las fragatas « O'Higgins » (capitana) y « Lautaro », con 48 cañones la primera y 46 la segunda, al mando de los capitanes Forster y Guise, y 283 hombres cada una, y la corbeta « Chacabuco », capitán Carter, con 109 hombres, sumando un total de 174 cañones y 1,131 tripulantes entre marineros y soldados. El contra almirante Blanco debía incorporársele en las aguas del Perú con parte de los buques restantes. El 10 de febrero hallábase la escuadra chilena á inmediaciones del puerto del Callao, y se dispuso todo para atacar á la enemiga en su fondeadero, debiendo la « O'Higgins » abordar á la « Esmeralda » y la « Lautaro » á la « Venganza », mientras permanecían los otros dos buques en reserva.

Para que pueda formarse una idea clara de las operaciones que van á seguirse, se hace necesario dar una descripción del teatro de ellas.

El Callao es una de las más espaciosas bahías del mar del sud. Las montañas de la cadena occidental de los Andes que corre paralela á las costas del Pacífico, forma en lontananza el fondo del paisaje, grandioso, pero triste y desolado en el primer plano, como toda la región marítima del Perú. Á su pie, en una planicie baja, está fundada la ciudad del Callao sobre el terreno de aluvión que se conoce con la denominación de *costa*. Á poco más de cinco kilómetros de distancia, se encuentra la entrada del risueño valle del Rimac en que

se asienta la ciudad de Lima, cruzada por el río del mismo nombre que se derrama en el seno de la bahía del Callao, en cuya boca los buques hacen su aguada. Lo que propiamente se llama el puerto, es una gran rada cerrada por dos islas. La más grande de estas islas lleva el nombre de San Lorenzo y dista como once kilómetros y medio de la población. Situada al extremo austral de la bahía, prolóngase del sud-este al nord-este en una extensión de otros once kilómetros, rompe la mar tendida, abrigándola de todos los vientos del cuadrante con excepción de los del oeste hasta el sud-nord-este que nunca soplan con fuerza en aquella latitud. Entre la punta sud del Callao (que es la lengua de tierra baja) y la extremidad sud de la isla de San Lorenzo, encuéntrase una pequeña isla que lleva el nombre del Frontón, y entre ésta y la tierra un canal estrecho, algo peligroso, que puede navegarse bordeándolo en cinco brazas de agua, pero que hasta entonces no había sido practicado. Esta entrada, sembrada de escollos, lleva la denominación de Boquerón para distinguirla de la gran entrada abierta por donde pueden penetrar buques de mayor calado. Por último, al norte de la boca del Rimac existen varias lagunas que rebalsan en el mar y forman un banco de arena que se extiende como dos kilómetros, cuyo bajo se denomina de Bocanegra, que es el nombre de las lagunas (5).

Las fortificaciones bajo cuyos fuegos se proponía atacar Cochrane la escuadra española, eran las que habían reemplazado las antiguas murallas de que estaba rodeada la primitiva ciudad, destruida como Lisboa por un terremoto en 1746. Tres gigantes castillos circulares, coronados de altos torreones, y liga-

(5) Véase Frezier : « Voyage dans la mer du sud » — Jorge Juan y Antonio de Ulloa : « Noticias secretas de América » — Caldeleugh : « Travels in South-America » — Lafond : « Voyages » — « Derrotero de las costas de América » por King y Fitz-Roy, y plano de los oficiales de la « Beagle », *shee* XIV.

dos entre sí, cubrían los extremos de las fortificaciones, y entre ellos se extendían las líneas de las baterías del Arsenal y de San Joaquín, artilladas con más de 165 piezas de grueso calibre, que barrían con sus fuegos toda la bahía (6). Bajo la protección de estas formidables fortificaciones estaba anclada la escuadra española compuesta de las fragatas « Esmeralda » y « Venganza » de 44 cañones cada una; la corbeta « Sebastiana » de 34; los bergantines « Pezuela, » el « Maipu » y el « Potrillo » de 18 cañones; la goleta « Motezuma » de 7, el pailebot « Aranzazú » de 5, y 26 lanchas cañoneras, además de seis buques mercantes armados en guerra, á saber: la « Resolución » de 36, la « Cleopatra » de 28, el « San Fernando » de 26, el « Mocha » de 20, el « Huarmey » y el « San Antonio » con 18 cada uno, formando un total de 350 cañones (7).

El 28 de febrero al amanecer, que era el día señalado por Cochrane para dar el ataque, una densa niebla cubría la bahía que se disipaba por intervalos á proporción que el sol se elevaba en el horizonte tras de las montañas del oriente. Era precisamente el día elegido por el virrey Pezuela para pasar revista á sus fuerzas navales y ejecutar con ellas un simulacro de combate. El virrey presencié el comienzo del simulacro desde tierra, y poco después se embarcó en el velero bergantín « Maipu » (corsario independiente apresado por los realistas) para presenciarlo más de cerca. Á las once de la mañana había cesado el fuego del simulacro, cuando al aproximarse

(6) Los castillos eran : el « Real Felipe » que tomó después el nombre de *Independencia*; el « San Miguel » que tomó el de *Castillo del sur*, y el « San Rafael », que fué arrasado por el general Rodil durante el famoso sitio del Callao que sostuvo con tanta tenacidad.

(7) Estos con poca diferencia son los buques que declara el historiador español Torrente, t. II, p. 492, variando un tanto en el número total de cañones. En cuanto á las piezas de las baterías de tierra, el mismo historiador las hace subir á 165 (Camba dice que eran más de 150), y es la cifra que hemos adoptado, aun cuando los historiadores americanos las hagan ascender á 200.

el « Maipu » á la isla de San Lorenzo, descubrió á sotavento al través de la niebla que comenzaba á elevarse, una hermosa fragata que navegaba en demanda del fondeadero orillando el bajo de Bocanegra, con larga bandera española, las portas cerradas y las velas con ese color oscuro que toman en las largas navegaciones, y que al avistarlo se puso en facha. ¡ *Buque de España!* gritaron los tripulantes del « Maipu ». El virrey pidió al comandante del bergantín se acercase á la fragata, pero éste le contestó que le estaba prohibido reconocer ningún buque teniendo la primera autoridad del reino á su bordo, y que además, perdería la línea de barlovento, de manera que ni á las cinco de la tarde podría ganar el fondeadero. El virrey desistió, y salvóse así de caer prisionero de Cochrane. La fragata avistada era la « O'Higgins » antes « María Isabel » capitana de la escuadra chilena (8).

La niebla había separado los buques independientes. Atraídos por el cañoneo del simulacro, encontráronse á eso de las dos de la tarde reunidos á la entrada de la bahía, sobre la cabeza norte de la isla de San Lorenzo, pero algo distanciados unos de otros. La « O'Higgins », que era la más velera y llevaba la delantera, penetró al puerto, y apresó una lancha cañonera del enemigo tripulada por veinte hombres que había quedado retrasada. Sin esperar á las demás embarcaciones, la capitana chilena avanzó sola seguida de cerca por la « Lautaro », y con el « arrojo más temerario », — dice un historiador español, testigo presencial, — se puso dentro del tiro de cañón de las baterías á favor de la niebla. Á la distancia, como de novecientos metros, echó un anclote por la popa, izó la bandera chilena (hasta entonces llevaba bandera norteamericana), y rompió el fuego sobre los buques y castillos españoles, que fué vigorosamente contestado por ellos. En

(8) Camba : « Memor. para la historia de las armas españolas en el Perú », t. I, p. 303-304.

esos momentos empezó á disiparse un tanto la niebla, y vióse que el « San Martín » y la « Chacabuco » habían quedado á retaguardia fuera de tiro por falta de viento. El desigual combate se prolongó así por espacio de una hora, interrumpido por las intermitencias de la niebla que separaba de tiempo en tiempo á los combatientes de la vista. La situación de los buques independientes llegó á ser muy crítica bajo los fuegos de 500 piezas de artillería de grueso calibre (declaración española), de las cuales, 250 por lo menos funcionaban activamente. El capitán Guise de la « Lautaro » se hallaba gravemente herido, y su teniente maniobró tan mal, que se separó al principio del combate y no volvió á entrar en línea. La « O'Higgins » tenía el botalón tronchado y la jarcia despedazada. Pero Cochrane no era hombre de retroceder ante ningún peligro. Quería dominar moralmente al enemigo con su golpe de audacia, establecer su ascendiente sobre sus subordinados, y notando la mala puntería de los españoles, sostuvo solo el combate una hora más; pero al aproximarse la noche y habiendo caído el viento, retiróse al fin lentamente con muy pocas pérdidas de muertos y heridos. Al día siguiente, reparadas las averías, volvía á entrar á la rada interior con la « O'Higgins » y la « Lautaro », rompiendo el fuego sobre la línea de lanchas cañoneras que obligó á refugiarse maltratadas bajo sus baterías. Los realistas asombrados, decían que el mismo diablo debía haber tomado el mando de la escuadra chilena: luego supieron que era el lord Cochrane, y su solo nombre bastó para mantenerlos al ancla y á la defensiva dentro de sus puertos al amparo de sus baterías de tierra, y aún allí mismo no seguros.

Malogrado el proyecto de un ataque por sorpresa, pensó renovar en el Callao la hazaña de Aix. Al efecto, se posesionó de la isla de San Lorenzo, y estableció allí un laboratorio de mixtos para armar dos brulotes á fin de incendiar la escuadra española en su fondeadero. El 22 de marzo estaba

todo listo para la nueva empresa que meditaba. En la noche, se hizo á la vela con los cuatro buques, y se dirigió con ellos sobre los fuertes para ocultar la marcha de uno de los brulotes, que se había dejado ir á la deriva á merced de las olas que lo llevaban á la costa. La « O'Higgins » penetró hasta la proximidad del muelle, desafiando los fuegos combinados de los fuertes y las embarcaciones. Cuando el brulote se hallaba como á tiro de fusil, encalló, y una bala de cañon de las baterías de tierra le abrió un rumbo. El viento había caído en ese momento y hallándose muy distantes de la capitana los demás buques que debían sostenerla, el almirante hubo de renunciar á su ataque y dejar que el brulote se fuese á pique.

Dos días después (24 de marzo), intentó Cochrane un nuevo ataque parcial, en que fué más feliz, consiguiendo apresar la goleta « Motezuma » y algunos buques mercantes, apoderándose de algunas lanchas cañoneras. Los marinos españoles despechados, al ver que una sola nave había quedado de centinela en el puerto, hicieron una salida con las fuerzas sutiles con el objeto de abordar á la « O'Higgins. » Á favor de una espesa niebla y de una calma, acercáronse á ella á remo como á tiro de pistola, pero recibidos por algunas andanadas bien dirigidas y habiéndose levantado una ventolina que permitió á la fragata dar la vela, los asaltantes volvieron á refugiarse bajo sus baterías, escapando con dificultad.

« No habiendo producido más que demostraciones inútiles las tentativas hechas », dice el mismo Cochrane en sus « Memorias » y hallándose su escuadra falta de agua y de provisiones, dirigióse con ella al puerto inmediato de Huacho, dejando á la « Chacabuco » en San Lorenzo para cruzar y dar avisos. El 1.º de abril se incorporó en este punto el vice-almirante Blanco Encalada con el « Galvarino » de 22 cañones y el « Pueyrredón » de 16. El almirante resolvió

dividir sus fuerzas, y ordenó á Blanco Encalada que con el « San Martín », la « Lautaro », la « Chacabuco » y el « Pueyrredón » mantuviese el bloqueo del Callao, mientras él con el resto de los buques se dirigía á los puertos del norte.

El almirante extendió su crucero hasta el último puerto del Perú al norte, donde hizo un desembarco y apoderóse á viva fuerza de la plaza y de la artillería de bronce de sus fuertes, haciendo varias presas y esparciendo en las costas las proclamas de O'Higgins y San Martín que anunciaban una próxima expedición libertadora (cap. XXI, § III), que acompañó con una suya en que decía á los peruanos: « Los » repetidos ecos de la libertad que resonaron en la América » del Sur, fueron oídos en la Gran Bretaña, en donde no » pudiendo resistir al deseo de unirme á su causa, determiné » tomar parte en ella. La república de Chile me ha confiado » el mando de sus fuerzas navales. Á ella compete cimentar » la soberanía del Pacífico. Con su cooperación serán rotas » vuestras cadenas. » Á su regreso al Callao encontró abandonado el bloqueo de este puerto. El vice-almirante Blanco Encalada, dando por razón hallarse escaso de víveres, lo había levantado y regresado con sus cuatro buques á las costas de Chile. Cochrane resolvió entonces dar por terminada su primera campaña marítima, que consideró como un simple reconocimiento, habiendo conseguido uno de sus principales objetos, que era encerrar la marina española en el Callao y reducirla á la impotencia, dominada moralmente.

### III

El 17 de junio de 1819 entraba Cochrane con sus dos buques á Valparaíso, decidido á tentar nuevamente la destrucción de la escuadra enemiga, poniendo en práctica un plan